

yo., Pero se contuvo y se contentó con ir por la noche á sacar los zapatos de la muerta para colocarlos en el umbral de la puerta de la pobre madre.

Mientras duró el sumario, mientras tuvo que guiar y extraviar á la justicia, fué dueño de sí y estuvo tranquilo, astuto y sonriente, discutiendo tranquilamente con los magistrados todas las hipótesis que se le ocurrían, combatiendo sus opiniones y destruyendo sus razonamientos. Hasta experimentaba un placer acre y doloroso en turbar sus indagaciones, en embrollar sus ideas y en poner de manifiesto la inocencia de aquellos mismos de quienes él había hecho sospechar.

Pero á partir del día en que cesaron las indagaciones judiciales, estaba cada vez más nervioso y más excitable, aunque procuraba reprimirse. Los ruidos repentinos le hacían sobresaltarse, temblaba por la menor cosa y se estremecía de pies á cabeza cuando una mosca se posaba en su frente.

Entonces se apoderó de él una imperiosa necesidad de movimiento que le obligaba á dar carreras peligrosas y á permanecer noches enteras paseándose por su cuarto.

No era que él se viese acosado por los remordimientos, pues su naturaleza brutal no se prestaba á ningún matiz de sentimiento ó de temor moral. Hombre de energía y hasta violento, nacido para hacer la guerra, devastar los países conquistados y degollar á los vencidos. Dotado de instintos salvajes de cazador y de guerrillero, tenía en muy poco la vida humana. Aunque respetaba á la Iglesia por política,

no creía en Dios ni en el diablo, no esperando, por consiguiente, en otra vida ni castigo ni recompensa de sus actos en esta. Tenía por toda creencia una vaga filosofía sacada de todas las ideas de los enciclopedistas del siglo pasado; consideraba la Religión como una sanción moral de la Ley y creía que habían hombres para ajustar á una regla la vida social.

Matar á alguien en duelo, ó en la guerra, ó en ríña, ó por accidente, ó por venganza, ó hasta por fanfarronería, le hubiese parecido una cosa divertida y arrogante y no hubiese dejado más huellas en su memoria que un tiro descerrajado á una liebre; pero había experimentado una emoción profunda por el asesinato de aquella niña, pues lo había cometido en medio de la locura de una embriaguez irresistible, en medio de una tempestad sensual que le privó de la razón. Y había conservado en su corazón, en su carne, en sus labios y hasta en sus dedos de asesino, una especie de amor bestial, al mismo tiempo que un horror espantoso por aquella muchacha sorprendida y matada cobardemente. Continuamente su pensamiento le representaba la escena horrible, y por mucho que se esforzaba en alejar aquella imagen, aunque se la quitaba de delante, con terror la sentía vagar por su espíritu, dar vueltas alrededor de él, esperando sin cesar el momento de reaparecer.

Entonces tuvo miedo de las noches, miedo de la sombra que le rodeaba. No sabía aún por qué las tinieblas le parecían horribles; pero las temía por

instinto, las veía llenas de terrores. El día claro no se presta á los espantos. Se ven distintamente las cosas y los seres y por eso no se encuentra en ellos sino las cosas y los seres naturales que pueden mostrarse á la luz. Pero la noche, la noche opaca, espesa como una muralla, vacía; la noche infinita, tan negra, tan larga, en que puede uno rozarse con cosas que infunden espanto, la noche en que uno siente errar y dar vueltas al terror misterioso, le parecía ocultar un peligro desconocido, próximo y amenazador. ¿Cuál?

Bien pronto lo supo. Como permaneciese en su sofá hasta bastante tarde, una noche en que no podía dormir, creyó ver que se movía la cortina de su ventana. Escuchó inquieto y con el corazón palpitante, pero la cortina dejó de moverse; de pronto la cortina se agitó de nuevo ó al menos pensó él que se movía. No se atrevió á levantarse ni á respirar, y sin embargo, era valiente, se había batido con frecuencia y hubiese deseado encontrar ladrones dentro de su casa.

¿Se movía de veras aquella cortina? así se lo preguntaba él, temiendo que sus ojos le engañasen. Por otra parte, era muy poca cosa un ligero temblor de la tela, una especie de ondulación como la que produce el viento. Renardet permanecía con los ojos fijos y el pescuezo estirado y se levantó bruscamente, avergonzado de su miedo, dió cuatro pasos, cogió la cortina con las dos manos y la recorrió. Al principio, no vió más que los cristales negros, como manchas de tinta reluciente. La noche, la noche tre-

menda é impenetrable se extendía detrás hasta el invisible horizonte. Renardet permanecía de pie ante aquella sombra ilimitada, cuando de pronto vió una luz, una luz movible que parecía lejana. Entonces acercó su rostro á los cristales pensando que algún pescador de cangrejos pescaba en el Brindille, pues eran ya más de las doce y aquella luz se veía á orillas del río, en el oquedal. Como no viese aún nada, Renardet se cubrió los ojos con las manos y de pronto aquel resplandor se convirtió en realidad y vió á la Roquecilla desnuda y sangrienta, tendida sobre el musgo.

Entonces retrocedió, crispados sus miembros de horror, chocó contra un asiento y cayó de espaldas. Permaneció así algunos instantes, con el alma llena de angustia. Después se levantó, se sentó, se puso á reflexionar. Había tenido una alucinación; nada más, una alucinación originada por la presencia de algún merodeador nocturno que caminaba por las orillas del río con su farol. Por otra parte, ¿qué tenía de particular que el recuerdo de su crimen despertase en él á veces la visión de la muerta? Habiéndose levantado, bebió un vaso de agua y sentándose después, pensaba: ¿Que voy á hacer si esto se repite? Y aquello se repetiría; estaba seguro de ello. La ventana volvía á solicitar sus miradas; le llamaba, le atraía. Para no verla, volvió su silla, tomó un libro é intentó leer; pero á poco le pareció oír que algo se movía detrás de él; entonces hizo girar bruscamente la butaca sobre su pie. La cortina se movía aún y aquella vez era indudable que la ha-

bía movido él, no podía dudarle; así y todo, se lanzó hacia ella y de un tirón la arrancó de su sitio, yendo en seguida á pegar su cara en los cristales de la ventana. No vió nada, todo era negro fuera y Renardet respiró con la alegría del hombre á quien acaban de salvar á la vida.

Dió vuelta de nuevo á su asiento, pero casi en el acto volvió á sentir deseos de mirar por la ventana. Desde que la cortina había sido arrancada, la ventana formaba una especie de sombría y temible boca que parecía atraerle hacia el campo. Para no ceder á esta peligrosa tentación, se desnudó, apagó las luces, se acostó y cerró los ojos.

Inmóvil, acostado de espaldas, con la piel ardiente y casi sudoroso, esperaba el sueño. Una gran luz hirió de pronto su retina y entonces, creyendo que la casa ardía, abrió de pronto los ojos.

Todo estaba negro, y se incorporó para poder distinguir la ventana, que seguía atrayéndole invenciblemente. A fuerza de mirar, percibió algunas estrellas, y en seguida se levantó, atravesó el cuarto á tientas, buscó á obscuras los cristales de la ventana y aplicó en ellos la frente. Allá lejos, bajo los árboles, el cadáver de la niña relucía como cuerpo fosforescente iluminando las sombras en derredor.

Renardet lanzó un grito y huyó hacia la cama, donde permaneció hasta el amanecer con la cabeza oculta bajo la almohada.

A partir de aquel momento, la vida se le hizo intolerable, pasaba los días bajo la influencia del terror de la noche, y todas las noches se repetía la

visión. Una vez solo en su cuarto, intentaba luchar, pero era en vano; una fuerza irresistible le levantaba y le impelía hacia la ventana como para evocar el fantasma y entonces lo veía inmediatamente, tendido en el sitio del crimen, con los brazos extendidos y las piernas abiertas, tal como había sido encontrado. Después la muerta se levantaba y venía hacia él muy despacito, tal como lo había hecho la niña al salir del río, se le aproximaba lentamente, muy erguida, pasaba por encima del césped, y luego se elevaba en el aire hacia la ventana de Renardet, acudía á su lado, como había acudido el día del crimen hacia el asesino. Y el hombre retrocedía ante la aparición, retrocedía hasta su cama, y se echaba sobre ella seguro de que la muchacha había entrado y estaba detrás de la cortina, seguro de que no tardaría en moverse. Y hasta que amanecía, contemplaba con mirada fija hacia aquel punto esperando ver salir á su víctima. Pero ésta no se presentaba, permanecía allí detrás de la cortina que se agitaba y temblaba á veces. Y Renardet, con las manos crispadas, oprimía las sábanas como había oprimido la garganta de su víctima, oía sonar las horas y en medio del silencio escuchaba el péndulo de su reloj y los profundos y agitados latidos de su corazón. Y el miserable sufría como jamás había sufrido ningún hombre.

Luego, tan pronto como una línea blanca se dibujaba en el techo anunciando la proximidad del día se sentía libre de su terror, solo al fin, solo en su cuarto, y se acostaba de nuevo. Entonces dormía

algunas horas con sueño inquieto y febril, sueño en el que veía repetirse á veces la espantosa visión de sus vigiliás.

Cuando bajaba al medio día para comer, se sentía agobiado por una horrible fatiga, y no comía apenas, intranquilo ante el temor de que la volvería á ver por la noche.

No dejaba de saber que aquello no era una aparición, que los muertos no resucitan y que su alma enferma y obsesionada por su recuerdo único é inolvidable, era la causa de su suplicio, la causa evocadora de la muerta por él resucitada, llamada por él y por él animada ante sus ojos, en los que permanecía siempre presente la inborrable imagen. Pero también sabía que no se curaría, que no evitaría nunca la persecución salvaje de su memoria, y resolvió morir antes que soportar por más tiempo aquellas torturas.

Entonces empezó á buscar el medio de matarse. Quería algo sencillo y natural, que no hiciese sospechar su suicidio, pues tenía apego á su reputación, al nombre legado por sus padres, y si se sospechaba la causa de su muerte, se pensaría sin duda en el inexplicable crimen, en el misterioso asesino, y no se tardaría en considerarle autor de aquella infamia.

Se le ocurrió la idea extraña de hacerse aplastar por el árbol á cuya sombra había asesinado á la joven y decidió talar el oquedal y simular un accidente. Pero el árbol se negó á darle la muerte.

Una vez en su casa, sumido en terrible desespera-

ción, había cogido su revólver y no se había atrevido á dispararlo.

Llegada la hora de comer, bajó á sentarse á la mesa y después volvió á subir. No sabía qué hacer. En aquel momento se sentía cobarde, después de haber escapado á la muerte la primera vez. Un momento antes estaba dispuesto, decidido, y se sentía dueño de su valor y de su resolución, pero ahora se consideraba débil y temía la muerte tanto como á la muerta.

—No me atreveré, no me atreveré—baluceaba.

Y miraba con terror tan pronto la cortina que ocultaba la ventana, como el arma que estaba sobre la mesa. También le parecía que le esperaba algo horrible, tan pronto como su vida acabase. ¿Qué cosa? ¿Su encuentro tal vez? La víctima le acechaba, le esperaba, le llamaba, y si se presentaba á él todas las noches, era para acecharle, para vigilarle, para consumir su venganza obligándole á morir.

Renardet rompió á llorar como un niño, repitiendo:

—No me atreveré, no me atreveré.

Después cayó de rodillas y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y sin embargo, no creía en Dios. No se atrevía ya á mirar hacia la ventana, donde sabía que se ocultaba la aparición, ni tampoco á su mesa, sobre la cual relucía el revólver.

Después de levantarse, dijo en voz alta:

—Esto no puede durar, hay que acabar de una vez.

El sonido de su voz en medio del silencio le hizo estremecerse; pero como no se decidió á tomar ninguna resolución, como comprendiera que su mano había de negarse siempre á oprimir el gatillo del arma, volvió á ocultar la cabeza bajo los cobertores de la cama y reflexionó.

Le era preciso encontrar algo que le obligase á morir, inventar una astucia contra sí mismo que no le dejase lugar á terror, dilación, ni retroceso. Envidiaba á los condenados que suben al patíbulo escoltados por la fuerza armada. ¡Oh! ¡si él pudiese conseguir de alguien que le matase, si confesando el estado de su alma, confesando su crimen á un amigo, seguro de que no lo divulgase nunca, pudiera lograr que le diesen la muerte!... Pero, ¿á quién pedir tan tremendo favor? ¿A quién? Empezó á buscar entre el número de sus conocidos. ¿Al médico? no, porque tal vez lo contaría todo después. De pronto una extraña idea cruzó por su mente, le iba á escribir al juez de instrucción, á quien conocía íntimamente, para denunciarse. En aquella carta se lo confesaría todo, su crimen, las torturas que sufría, su resolución de morir, sus dudas y el medio que debía emplear para cobrar valor, y le suplicaría en nombre de su antigua amistad que rompiese la carta tan pronto como hubiese sabido que el culpable se había hecho justicia. Renardet podía contar con el juez, seguro de su discreción y de que era incapaz de una ligereza. Se trataba de uno de esos hombres dotados de una conciencia inflexible, gobernada, dirigida y regulada únicamente por su razón.

No bien hubo concebido este proyecto, una extraña alegría invadió su corazón llevando la tranquilidad á su ánimo. Iba á escribir la carta muy despacio, iría á echarla al buzón al amanecer, subiría en seguida á su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se alejara, se arrojaría de cabeza contra las rocas que servían de cimientto á su morada. Procuraría que le viesen antes los trabajadores que talaban su bosque y subiría luego al sitio en que estaba fija la bandera que ondeaba los días de fiesta, rompería su asta de un tirón y se arrojaría al vacío. ¿Cómo dudar entonces de un accidente? Dado su peso y la altura de su torre, no cabría duda de que su muerte sería segura.

Inmediatamente saltó de la cama, se acercó á la mesa y se puso á escribir. No olvidó nada, ni un detalle del crimen, ni una circunstancia de su vida de angustias, ni un solo momento de sus torturas y terminó anunciándole que se había condenado á sí mismo, que iba á ejecutar al criminal, y rogando á su amigo, á su antiguo amigo, que procurase que nunca pudiese nadie acusarle mancillando su memoria.

Al acabar la carta, notó que amanecía, la metió en un sobre, puso la dirección, bajó con lentitud la escalera, corrió hacia el buzón, y cuando hubo echado dentro aquel papel que rendía su mano, se volvió á casa á toda prisa, echó los cerrojos á la puerta y subió á su torre para esperar el paso del cartero que había de llevar al juez su sentencia de muerte.

En aquel momento se sentía tranquilo, libre, salvado.

Un viento frío y seco, un viento helado azotaba su rostro, y él lo aspiraba ávidamente con la boca abierta, recibiendo con fruición su helada caricia. El cielo estaba rojo, de un color encendido, ardiente, y toda la blanca llanura relumbraba al resplandor de los primeros rayos del sol, como si estuviese salpicado de partículas de vidrio. Renardet, de pie y descubierto, contemplaba aquel vasto paisaje formado por las praderas, á la izquierda, y á la derecha por la villa, cuyas chimeneas empezaban á humear para la primera comida.

A sus pies veía correr el Brindille, contra cuyas rocas pensaba estrellarse. El hombre se sentía renacer en aquella hermosa y helada aurora lleno de fuerza y de vida. La luz le inundaba, le envolvía, le penetraba como una esperanza. Mil recuerdos le asaltaban, recuerdos de mañanas semejantes, de correrías por aquel paraje cuyo suelo resonaba bajo sus pasos, de cacerías felices á orillas de los estanques en que duermen los patos salvajes. Todas las cosas buenas que á él le gustaban, las cosas buenas de la vida, acudían á su memoria, le aguijoneaban con nuevos deseos y despertaban todos los apetitos vigorosos de su cuerpo ágil y fornido.

¿Y había de morir? ¿Por qué? ¿Iba á matarse por temor á una sombra, por temor á nada? El era rico y joven aun... ¡Qué locura! Le bastaría una distracción, una ausencia, un viaje, para olvidarlo todo. Aquella misma noche no había visto ya á la

muerta, porque su pensamiento, estaba preocupado y distraído. ¿Quién sabe si volvería á verla más? Y si en aquella casa seguía presentándosele, seguramente que en otra no le ocurriría lo mismo. El mundo era grande y el porvenir inmenso. ¿Por qué morir?

Sus ojos, que erraban por las praderas percibieron un punto azul en el sendero que conducía á lo largo del Brindille. Era Mederico, que iba á repartir las cartas de la villa y á recoger las de la aldea.

Renardet se sintió sobrecogido, experimentó una sensación dolorosa y corrió hacia la escalera para recobrar su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba que le viesen. Corría sobre la hierba humedecida por el ligero rocío de la noche, y llegó al buzón al mismo tiempo que el cartero.

Este abría en aquel momento el cepillo de las cartas y recogía la poca correspondencia depositada por los habitantes del país.

—Buenos días, Mederico —le dijo Renardet.

—Buenos días, señor alcalde.

—Oiga usted, Mederico, he echado en el buzón una carta que necesitaría recoger y vengo á rogarle á que me la devuelva.

—Está bien, señor alcalde, se le devolverá.

Diciendo esto, el cartero levantó los ojos y quedó estupefacto al ver la cara de Renardet, que tenía las mejillas encendidas, la mirada extraviada, los ojos hundidos, los cabellos en desorden, las barbas revueltas y la corbata deshecha. Al verle, parecía indudable que no se había acostado,

—Señor alcalde ¿está usted enfermo?—le preguntó el cartero.

Renardet, comprendiendo que su aspecto debía ser extraño, perdió la serenidad y balbució:

—No... no... es que... he saltado de la cama para pedirle esa carta... Estaba durmiendo, ¿comprende usted?

Una vaga sospecha cruzó por el alma del veterano, el cual repuso:

—¿Qué carta?

—La que va usted á devolverme.

En aquel momento, Mederico dudaba, pues la actitud del alcalde no le parecía natural. Tal vez aquella carta encerraba algún secreto político, él sabía que Renardet no era republicano, y por otra parte conocía todas las mañas y ardidés que se emplean en las elecciones.

—¿A quién va dirigida?—preguntó Mederico.

Al señor Putoin, juez de instrucción, á mi amigo el señor Putoin.

El cartero buscó entre los papeles, y habiendo encontrado la carta que le reclamaban, empezó á darla vueltas muy perplejo y muy turbado ante el temor de cometer una falta grave ó de enemistarse con el alcalde.

Viendo sus dudas, Renardet hizo un movimiento para coger la carta y arrancársela, y este brusco ademán convenció á Mederico de que se trataba de un misterio importante y se decidió á cumplir con su deber costase lo que costase.

Metió, pues, la carta en su cartera, y al mismo tiempo que la cerraba, respondió:

—No puedo, señor alcalde. Yendo dirigida á la justicia, no puedo.

Una espantosa angustia oprimió el corazón de Renardet, el cual balbució:

—Pero, hombre, ¿no me conoce usted? Si quiere, puede comprobar que es letra mía. Le digo á usted que necesito esa carta.

—No puedo.

—Mederico, ya sabe usted que soy incapaz de engañarle, y cuando le digo que la necesito...

—No, no puedo.

Un arrebató de cólera invadió de pronto el alma violenta de Renardet, el cual exclamó:

—¡Por vida del!... Tenga usted cuidado, pues ya sabe que conmigo no se juega y que puedo dejarle cesante antes de media hora. Después de todo, soy el alcalde del pueblo y le ordeno que me devuelva ese papel.

—No, no puedo, señor alcalde,—le respondió, el peatón con firmeza.

Entonces Renardet, perdiendo la calma, lo cogió por el brazo para quitarle la cartera; pero Mederico se desembarazó de una sacudida, y echándose hacia atrás y levantando su garroté de acebo, exclamó con la mayor tranquilidad:

—Señor alcalde, no me toque, ó me verá obligado á defenderme. Mucho cuidado. Yo cumplo con mi deber.

Viéndose perdido, Renardet cambió bruscamente de actitud y se tornó humilde y afectuoso, implorando como un niño que llora.

—Pero, amigo Mederico, por Dios, devuélvame usted esa carta, que yo le recompensaré. Le daré dinero, le daré cien francos, cien francos, ¿oye?

El peatón volvió la espalda y echó á andar.

Renardet le siguió jadeante balbuciendo:

—Mederico, Mederico, escúcheme, le daré mil francos, ¿oye usted? mil francos.

El cartero seguía su camino sin responder.

—Haré su fortuna,—repuso Renardet.—¿Oye usted? lo que usted quiera... cincuenta mil francos... cincuenta mil francos por esa carta... Pero, hombre, ¿qué le importa á usted darla? Bueno, cien mil... cien mil francos... ¿me comprende?... cien mil francos...

El cartero se volvió, y con faz dura y severa mirada, exclamó:

—No siga usted, ó de lo contrario daré parte de lo que acaba usted de decirme.

Entonces Renardet se detuvo. Todo había acabado, ya no había esperanza, y volviéndose, corrió hacia su casa como fiera perseguida.

Entonces se detuvo Mederico á su vez y miró con estupefacción á aquel hombre que de tal modo huía. Vió que el alcalde subía á su casa y esperó algunos instantes, como si estuviese seguro de que algo sorprendente debía suceder.

En efecto, á poco la gigantesca figura de Renardet apareció en lo alto de la torre del Renard. El

alcalde corría como un loco por la plataforma, llegó hasta el asta de la bandera, la sacudió con furia sin lograr romperla, y luego, de pronto, semejante á un nadador que se chapuza, se lanzó al aire con ambas manos hacia adelante.

Mederico corrió para auxiliarle, y como al atravesar el parque viese á los leñadores que acudían al trabajo, les llamó á gritos dándoles cuenta del accidente. Al llegar todos al lugar del suceso, encontraron al pie de los muros un cuerpo ensangrentado cuya cabeza se había destrozado contra una roca. El Brindille rodeaba esta roca, y sobre sus aguas ensanchadas en aquel lugar, claras y tranquilas, se veía deslizarse un largo hilo róseo de sesos y de sangre.